





Dos

El tren de las 9:22 con dirección hacia el este atraviesa velozmente el desierto delante de nosotros. Debería habernos tomado diez minutos llegar hasta estas vías, pero parece que por lo menos hubiera transcurrido el doble de tiempo porque el polvo nos hizo andar en círculos y tuvimos que marchar con esfuerzo contra un viento denso, decidido a arrojarnos nuevamente en el campamento. Fue recién cuando escuchamos el silbato del tren que supimos con certeza en qué dirección correr.

La tormenta está comenzando a extinguirse, y ahora puedo distinguir el último vagón del tren a una distancia no tan lejana.

Existe una gran posibilidad de que perdamos la oportunidad de alcanzarlo y saltar en él. Si eso sucede, podemos sufrir muerte térmica aquí mismo o ser perseguidos y llevados de regreso al campamento, donde nuestras ejecuciones se convertirán en un espectáculo público. Los dueños de ranchos no ven con buenos ojos la muerte de uno de sus capataces, aunque esa muerte haya sido técnicamente un accidente. Yo preferiría el golpe de calor porque al menos así moriría a manos de las fuerzas de la naturaleza y no de algún jefe.

En este momento, mi único combustible es el miedo. Siempre pensé que yo era el eslabón débil de la cadena y que, tarde o temprano, James se hundiría conmigo por alguna tontería que yo dijera o hiciera.

24

James sale corriendo adelante de mí. De un impulso, da un salto y aferra con ambas manos la manija metálica de la puerta del compartimento abierto del tren. Las puntas de sus botas resbalan por la tierra un par de metros antes de poder impulsarse hacia arriba en el vagón de carga. Recupera el equilibrio, se limpia las manos en los jeans y se estira hacia mí. Corro más rápido porque él se está alejando y haciéndose más pequeño, y no soporto la idea de que vaya a desaparecer extendiendo un brazo hacia mí de esa manera.

Él sabe que si persisto puedo alcanzarlo, de modo que lo hago. Siento que los músculos de mis piernas están a punto de rasgarse, pero consigo alcanzar el tren y correr a su lado. El rugido es incesante, ensordecedor. El calor sube desde el lugar en donde las ruedas de acero se encuentran con las vías.

Huele a óxido y a metal quemado.

Salto. Las puntas de nuestros dedos revolotean por un brevísimo instante unas contra otras y luego se separan. Pierdo el equilibrio, lo recobro nuevamente y arremeto otra vez. Mido mis pasos, mantengo el ritmo y salto de nuevo. Mi mano aferra la suya. James arroja su peso hacia atrás y me atrae hacia él. Siento que mis piernas son repentinamente pesadas, luego repentinamente livianas. Cuando mis pies ya no tocan la tierra, lanzo un grito ahogado y vuelo por el aire. Mi columna se retuerce y luego golpea contra el suelo del vagón. Mi pecho jadea y respiro con dificultad mientras clavo los ojos en el techo del compartimento vacío.

Permanezco así durante algunos segundos antes de enderezarme; me deslizo hacia atrás contra el costado del vagón y coloco la cabeza entre las rodillas. Ahora puedo respirar mejor, pero el corazón continúa tamborileando en mis oídos. Mis piernas están tan acostumbradas a correr que no dejan de sacudirse. Se me está formando un nudo en la pantorilla derecha. Hago una mueca de dolor y flexiono el pie en un intento de liberarlo.

—Espera —James hunde la mano en uno de sus bolsillos y extrae dos tiras de carne seca de ciervo envueltas en un trapo húmedo—. Para que no te acalambres —me ofrece las dos tiras pero yo solo tomo una.

—Lo siento —es todo lo que puedo decir.

Nuestro dinero, todo lo que habíamos ahorrado de nuestro trabajo en el campo está cosido dentro de mi colchón, en una

barraca que jamás volveré a ver. Nunca antes había perdido tanto, solo un par de dólares robados por una chica de debajo de mi almohada en la época en que recién comenzábamos a cortar agave.

–Yo tengo algo –dice–. Un dólar y algunas monedas. Lo retiré esta mañana, antes de que despertaras.

Varios días por semana, James reúne –solía reunir– a un grupo de hombres y chicos ansiosos por arrojar dados contra la pared del edificio de la cocina, antes de que se encendiera el fuego y los capataces salieran con sus perros y sus caballos. De vez en cuando, Angus se unía al grupo. James siempre decía que era el jugador perfecto, lo cual significaba que el joven encargado decía un montón de estupideces pero nunca aprendió cuándo debía dejar de arrojar dinero.

26

No eran amigos bajo ningún concepto, pero James y Angus tenían un acuerdo mutuo que parecía funcionar bien. Angus hacía la vista gorda con las apuestas, siempre y cuando le permitiera jugar de tanto en tanto. Cuando James se sentía generoso, hasta le dejaba ganar uno o dos juegos.

–Dijiste que dejarías de jugar –mi observación es más bien débil. Normalmente, me enojaría con él por ser poco cuidadoso con su dinero, pero es obvio que las circunstancias han cambiado.

James estira la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Frota la superficie callosa de su pulgar sobre las líneas de la palma de mi mano cubierta de suciedad. Es una buena persona, demasiado buena para mí sin ninguna duda. Desde que lo conocí hace dos años, cuatro meses y dieciocho días,

ha sido fundamental para mi supervivencia, y a veces me odio por eso.

–Tú habrías actuado de otra manera –señalo.

Su respuesta es inmediata.

–Probablemente.

James examina mi mano, pero no me mira a los ojos. Quiere decir algo más, tal vez regañarme –ambos sabemos que lo merezco– pero eso es todo lo que me ofrecerá en este momento: un *probablemente*. De alguna manera, esa única palabrita parece lo peor de todo lo que podría decirme.

Trago un poco más de la carne seca, que no hace más que patearme el estómago y recordarme lo sedienta que estoy y que no tenemos agua. Ni siquiera estamos a media mañana. Pronto se pondrá muy caluroso y nos cocinaremos durante horas en esta caja de metal. Después, una vez que se ponga el sol, nos congelaremos. Así son las cosas en el desierto: van de un extremo al otro. Estoy demasiado exhausta para preocuparme.

James se acerca a mí, pero mantiene la cabeza baja. Huele a sudor, a humo, a tierra y a aceite de motor, que es su olor habitual. Me inclino hacia él y apoyo la cabeza contra su pecho. Me pone el brazo sobre los hombros, lo cual me hace sentir un poquito perdonada.

Desliza los dedos entre mi cabello apelmazado y cierro los ojos. Me quedaré dormida así –apoyada contra James– por primera vez en meses, y probablemente dormiré durante horas y horas.



Está oscuro cuando nos despertamos inquietos por unos golpes arriba de nuestras cabezas. Desenganchamos los miembros y nos separamos con rapidez. James se pone de pie de un salto. Instintivamente, busca el cuchillo con mango de hueso que guarda en el forro de la bota. Yo permanezco agachada. Al respirar, veo el vapor que escapa a través de mis labios.

El sonido que se escucha encima de nosotros atraviesa toda la longitud del vagón y se detiene. Me levanto mientras una cabeza en sombras se asoma sobre la puerta. Echa un vistazo a nuestro vagón de carga vacío desde su posición privilegiada, nos ve, se detiene y luego desaparece.

—Ey —grita James con voz ronca—. ¿Tienes agua? Te cambiaremos oro por agua.

28

La cabeza vuelve a aparecer, una masa oscura contra el cielo. No puedo ver la mano de James, pero imagino que sus nudillos están casi tan blancos como el hueso del mango de su cuchillo. No sabemos si se trata de un polizón como nosotros o un ladrón que viaja en tren para aprovecharse de los polizones, pero estamos tan agobiados por la sed que tenemos que correr el riesgo.

—¿Qué tienen? —por el pelo rapado y el tono de voz, imagino que se trata de un chico de nuestra edad, o ligeramente mayor.

—Joyas —responde James—. Oro y plata.

—Muéstrenme —exige el tipo.

—Muéstranos el agua —dispara James.

La cabeza gruñe y vuelve a desaparecer. Llevo las manos

a mi cintura y extraigo una bandana de color parduzco que alguna vez fue blanca, que llevo oculta contra la piel. Guarda varias piezas –brazaletes, dijes y colgantes–, la mayor parte de las cuales son robadas y de las que me desprenderé por casi nada. Sin embargo, hay un collar finito de oro rosado, que perteneció a Lane. Ese lo conservaré siempre.

El contenido de mi bandana y algunas cosas que James guarda en los bolsillos de sus pantalones es todo lo que nos queda. Las manos me tiemblan mientras busco entre mis alhajas y las piernas se agitan debajo de mí. El estremecimiento de mis músculos y la voz rasposa de James me dicen que necesitamos agua desesperadamente. La necesidad física es una cosa, pero el pánico de estar muerto de sed en el desierto es peor.

–Corazones duros –susurro como recordatorio de que no debemos mostrarnos débiles frente a otras personas.

–Corazones duros –repite.

En pocos segundos, el sujeto reaparece agitando una bota con agua. Me acerco lentamente mientras sostengo el extremo de una delicada cadena de oro entre los dedos pulgar y medio. El brazalete se balancea con el movimiento del tren. El joven lo examina brevemente.

–Trato hecho –exclama arrojándome la bota.

Le alcanzo la cadena y bebo, ignorando las náuseas que me produce el agua caliente en el estómago vacío. Cuando termino, le arrojo la bota a James, que bebe un trago más corto.

Sin esperar una invitación, el sujeto aferra el borde superior del compartimento con ambas manos y se mete de

una voltereta en nuestro coche. Aterrizo de pie delante de mí dejando a la vista su elevada estatura. Sin amilanarse en absoluto ante el cuchillo de doce centímetros que James empuña a la vista de todos, el sujeto oculta el oro en las profundidades de su chaqueta militar y sonrío, dejando ver un diente delantero roto.

—Soy Leo —se presenta mientras recupera la bota. Tiene aliento a mezcal. Reconocería ese fuerte olor ahumado en cualquier parte.

—Yo soy Sarah Jac. Él es James.

Leo me rodea y se sienta con las piernas cruzadas en el centro del vagón.

—Ponte cómodo —comento. Él esboza una amplia sonrisa.

—¿Acaban de treparse al tren?

James asiente.

—¿Jimadores?

—Sí —respondo.

—Yo también —señala—. Tienen suerte. A esta altura, falta poco más de un día para llegar. Llevo casi una semana en este tren. Desde Salton City. He llegado a un punto en el que estoy tan aburrido que ni siquiera puedo dormirme. ¿Alguna vez les pasó? Puede ser por la luna, tan baja y brillante... como si fuera un ojo gigante que me mira fijamente. ¿De dónde son ustedes? Quiero decir, *originalmente*. Su acento me recuerda a alguien que conocí. No son del sur, eso es seguro. Yo soy de Oregón, pero me fui de ahí muy rápido. Me gusta más el desierto que la ciénaga.

James guarda el cuchillo en la bota y me echa una mirada. Pensamos lo mismo: no cabe duda de que este tipo es muy parlanchín. Tiene que estar diciendo la verdad acerca de que es jimador. Si fuera un ladrón, toda esa verborragia habría hecho que lo mataran hace mucho tiempo.

–Somos de Chicago –responde James.

–Eso es –exclama Leo chasqueando la lengua y agitando el dedo–. Una vez conocí a un sujeto de Chicago. Se murió.

No hago ningún comentario, porque eso no me sorprende en lo más mínimo.

Nos dice que estamos muy lejos de casa, como si no fuera obvio, y tampoco hago ningún comentario sobre eso. Durante un rato, se produce un incómodo silencio, y él finalmente capta la indirecta.

–Bueno –descruza las largas piernas, se pone de pie y hunde las manos en los bolsillos–. Creo que dejaré solos a los tortolitos.

No me quedo helada ni me sonrojo ni aparto la mirada, porque ya me he acostumbrado a que la gente diga algo parecido cuando nos conocen a James y a mí por primera vez. Sin embargo, me río y lo mismo hace James, pero de esa forma tan particular, tan estridente, que solo yo sé que es falsa. Es exasperante lo bien que lo hace: eso de pretender que está avergonzado de mí o, peor, que me encuentra repulsiva.

–En realidad –agrega James–. Sarah Jac es mi prima.

–Oh –exclama Leo mientras continúa hurgando los bolsillos–. De acuerdo. Bueno...

–No nos dijiste hacia dónde se dirige el tren –señalo–. Recién mencionaste que faltaba un día para llegar. ¿Para llegar a dónde?

–A Lo real maravilloso –Leo levanta la vista–. En Texas. Pensé que lo sabían.

Me pongo tensa. Leo no lo nota, pero James sí, por supuesto. Sus ojos se deslizan rápidamente por mi rostro, tratando de descifrar mi expresión.

Finalmente, Leo encuentra lo que estaba buscando. Saca un brazalete –el que yo le entregué hace unos minutos– y lo extiende.

–Sería un completo idiota si hiciera que dos primos sedientos pagaran el agua –avanza unos pasos, se inclina un poco y sonrío con suficiencia. Mientras deja caer la cadena en la palma de mi mano, huelo otra vez el alcohol en su aliento–. Pero no le cuenten a nadie acerca de mi naturaleza amable y generosa, ¿de acuerdo?

–¿Cuántos? –pregunto.

Tomado por sorpresa, Leo arquea una ceja ante mi reacción descortés ante lo que él obviamente pretendía que fuera un gesto de generosidad.

–¿Cuántos qué?

–¿Cuántos jimadores hay en el tren?

–Tal vez cuarenta –responde regresando a la puerta abierta–. Más o menos.

–Gracias por el agua –se acuerda de decir James, dándome un codazo en las costillas.

–Claro –mascullo–. Gracias por el agua.

Leo se encoge de hombros como si no fuera importante, salta para llegar a la parte de arriba del compartimento y voltea de la forma inversa de la que vino. James y yo esperamos hasta que ya no podemos oír el sonido de sus botas taconeando sobre nuestras cabezas para darnos vuelta y quedar frente a frente.

–¿Qué fue eso? –pregunta–. A esta altura, necesitamos a todos los amigos que podamos conseguir. Leo mencionó el nombre de ese lugar y te quedaste helada.

–Perdona. No es nada –sacudo la cabeza–. El hombre con el que estuve trabajando hoy más temprano comentó algo acerca de ese lugar. De Lo real maravilloso. Nadie quiere trabajar allí porque los campos están malditos y el dueño les hace maleficios a los trabajadores.

James lanza un resoplido.

–¿Y desde cuándo crees en maleficios?

–No creo.

Me cruzo los brazos sobre el pecho y desvío la mirada hacia afuera, hacia la noche oscura iluminada por una luna baja y brillante. Leo tenía razón: parece un ojo grande que me observa fijamente. Pero no hay magia allí afuera, me recuerdo, ni espíritus brotando de la tierra escindida, solo un campo tras otro chocando contra las montañas, y agaves en esos campos, esperando que alguien los corte, esperando convertirse en dinero en mi bolsillo.

–Podríamos permanecer en el tren –propone James–. Si estás pensando en eso. Ver a dónde nos lleva.

No estoy pensando en eso. No sé en qué estoy pensando. A lo lejos, algo atrapa mi vista. Es un ciervo solitario. Puedo ver su silueta y su ojo de mirada glacial reflejando la luz de la luna. James también lo ve: un animal de tierras vírgenes y de gran tamaño no es algo común por aquí. La mayoría se han ido mudando hacia el norte y hacia el este por el calor, el frío y la falta de agua. Los que quedaron fueron cazados para comer. El ciervo da un paso ligero hacia nosotros y luego se detiene. Su oreja se retuerce y luego gira. Escucha algo que nosotros no captamos y sale disparando.

—Hoy me asusté. Cuando ese caballo arremetió contra ti... —James se queda en silencio y yo sé qué está haciendo: repasando la escena en su cabeza, empalmando los fotogramas, fijándola.

34

—Ya hemos logrado salvarnos por un pelo en otras ocasiones —comento—. En las afueras de Tulsa fue peor.

—Estoy cansado de que nos salvemos por un pelo, Sarah —afirma—. Cansado de esta vida, de los ardides, de exponerte a este tipo de situaciones...

—Tú no me expusiste a nada. Esto lo hacemos juntos. Saltamos a los trenes, trabajamos en el campo, ahorramos dinero.

James retrocede un paso y menea la cabeza. Después de que murió Lane, yo era incapaz de tomar cualquier tipo de decisión. Era casi un peso muerto que él prácticamente tuvo que arrastrar desde Chicago.

—No quiero tener que mentir más —su voz se volvió quebradiza.

Esa preocupación, esa frustración de hoy temprano en la mañana ha vuelto, y no puedo culparlo por ello.

—Eso es lo único que hacemos, Sarah. Si continuamos diciéndonos que tenemos que tener el corazón duro, entonces tendremos el corazón duro. ¿Es eso lo que quieres? ¿Terminar como algunos de esos trabajadores, o de esos capataces, que se han convertido en monstruos con aspecto humano?

—James... —me estiro hacia él pero no me toma la mano—. Yo no... Trataba de hacer algo bueno. Trataba de salvar a esa gente.

—Y después tratabas de herir a ese capataz. Vi que empujaste su caballo.

—¡Yo no quería que muriera! Vino el viento y...

Se queda callado, pero retuerce la comisura de los labios con desagrado.

—Estás disgustado conmigo.

James chasquea la lengua.

—Por supuesto que no estoy *disgustado* contigo, Sarah. Pero tienes que entender que hay cosas que no puedes arreglar. No puedes entrometerte en el camino del destino y agitar los brazos esperando que las cosas cambien.

Nos quedamos un rato en silencio, pensando. Él dijo que hay cosas que yo no puedo cambiar, y si bien eso puede ser cierto, hay una cosa que sí puedo cambiar. Giro hacia James y le digo: *esto es lo que haremos. Descenderemos del tren. Trabajaremos en Lo real maravilloso más duro de lo que trabajamos en cualquiera de los lugares en que trabajamos antes. Cortaremos*

muchísimo agave, pilas y pilas de plantas. En seis meses, pase lo que pase, nos dirigiremos hacia el este, hacia el océano, donde cabalgaremos en nuestros caballos, arrancaremos la fruta de los árboles y nos zambulliremos en las olas frías del mar.

—¿Qué te parece? —pregunto. No puedo culparlo ahora por sentirse derrotado y escéptico, pero necesito saber que todavía cree en nosotros.

James sonrío, solo un poquito. Tomaré esa sonrisita como un regalo. Eso haré.

Pasamos el día siguiente repasando nuestros planes para el futuro porque eso es lo que hacemos cuando tenemos que matar el tiempo y no podemos trabajar con las manos. James está más animado que ayer, así que él comienza. Dice que buscará una isla desierta para nosotros, frente a la costa este. Buscará una colina en esa isla, cavará un pozo y ahí es donde viviremos, debajo de la tierra, como comadrejas. No habrá ventanas, solo una puertita de madera y una chimenea. Adentro, tendremos un fogón a leña, una cama con una manta hecha a mano, una silla hamaca, un hogar y una mesa. El viento azotará nuestra colina de tanto en tanto, pero no lo notaremos.

Cuando el tiempo esté lindo, caminaremos kilómetros y nadaremos en el océano... incluso por la noche. Cuando el tiempo esté feo, permaneceremos adentro e inventaremos historias con nosotros como personajes.

—Pero ¡no podemos ser los buenos en todas las historias!
—grita James mientras asoma medio cuerpo fuera del vagón y

se balancea sobre una pierna, permitiendo que el viento azote su cabello y su ropa—. A veces, tendremos que ser los malos.

—Por supuesto —conuerdo—. ¡Yo seré la mente diabólica y tú serás mi secuaz!

—¡Perfecto! —exclama.

Estoy de acuerdo con tener una casa construida en la ladera de la colina mientras pueda tener caballos. Elegiré a mi yegua preferida y la llamaré Daisy. Será mía, pero solo porque ella querrá serlo. No la encerraré ni nada, pero se acercará algunas mañanas y me dejará que la ensille y daremos vueltas alrededor de la isla. Lanzaré gritos de alegría hacia el cielo sabiendo que nadie puede oírme.

Hay algo más que James quiere que haya en nuestra isla, algo que la hará perfecta: un gran árbol lleno de ramas rebosantes de hojas verdes. Quiere un árbol tan alto que, cuando trepe a sus ramas más altas y débiles, pueda sentirse ligero, como si los vientos amenazaran con desprenderlo del árbol. Él desafiará a esos vientos y trepará más alto.

Ese es el mejor plan de todos.

Justo antes de que se ponga el sol, aparece Leo con más agua, carne e higos secos. Está algo ebrio otra vez y, mientras orina al costado del tren, se enfrasca en una historia de su último trabajo cortando agave cerca de Salton City. Un día, el supervisor del lugar enloqueció, se puso a gritar que había fantasmas y comenzó a atacar a los trabajadores con una coa. Un tipo que intentó detenerlo recibió una cuchillada en el cuello y murió. A otro le rebanó tres dedos. Finalmente, un

grupo de jimadores derribaron al supervisor y lo retuvieron hasta que los otros capataces pudieron llevárselo. Después de eso, el campo quedó clasificado como maldito y la mayoría de los trabajadores –Leo incluido– se tomaron el primer tren hacia el este.

–No es que yo crea en esas cuestiones –añade Leo–. ¿Fantasmas, maldiciones y cosas como esas? Pero, permítanme decirles, una vez que esos rumores echan a correr, sobre maldiciones, los campos se vacían *rápidamente*.

James y yo nos miramos.

Leo continúa contándonos acerca de su sueño de ahorrar el dinero suficiente para comprar una parcela de tierra al norte de México. Quiere volverse rico manejando sus propios campos de agave. Quiere una casa grande –una casa de *ladrillos*, dice–, una bodega llena de vinos con nombres que no pueda pronunciar y un dormitorio con gruesas cortinas rojas que tapen el sol, para que pueda dormir hasta la hora que quiera.

–¡Olvídense del este! –se asoma por el costado del tren y deja que el viento le azote la cara–. ¡Demasiado frío! Esto es tan hermoso. Yo estaría tan feliz de ser enterrado en esta tierra.

–Nosotros extrañamos el agua –señala James.

Cuando vivíamos juntos en Chicago, teníamos nuestro propio lago, que también estaba en vías de secarse pero, aun así, era algo. Sin embargo, mientras estudio el paisaje que pasa a nuestro lado, tengo que coincidir con Leo. A su

manera, esto *es* hermoso. Amo los días calurosos, la dura extensión de tierra, las pequeñas lagartijas que se esconden en los arbustos de creosota, las montañas imponentes, la forma en que el viento, al llegar a la velocidad correcta, suena como un conjunto de cuerdas en tono menor. Este lugar es peligroso, y ese peligro me entusiasma. Todavía quiero mi casa de la colina, pero ahora también soy una mujer de sangre caliente.



Esa noche, la última en la que podremos estar así por un tiempo, James y yo nos acurrucamos en el rincón de nuestro frío vagón. Me restriega el brazo, tratando de crear calor, y yo froto la nariz contra la curva de su cuello. Respiro profundamente y siento cómo se le va erizando la piel.

–¿Qué estás haciendo? –pregunta James mientras me atrae más hacia él.

–Te huelo.

La risa retumba dentro de su pecho.

–¿Y para qué lo haces?

–Me gusta cómo hueles –inhalo–. A humo y a polvo –inhalo otra vez–. Y aceite de motor.

–Hace meses que no trabajo con máquinas –su voz es baja y suave, como si estuviera casi dormido–. ¿Cómo puede ser que huela a aceite de motor?

–Es así. Cuando nos conocimos, olías a motor, de modo

que ese será siempre tu olor –me desplazo, me trepo encima de él y dejo que mis labios rondan sobre los suyos–. ¿Yo tengo algún olor especial?

–Sí –responde automáticamente.

Me emociona que lo sepa, que haya pensado antes en eso.

Tiene los ojos cerrados, pero esboza una ligera sonrisa.

–Tienes un olor definido.

–¿Que sería...?

Su sonrisa se agranda. Cuando estamos solos, no la cubre con la mano.

–A caza.

Trato de desprenderme de un tirón pero James me mantiene en el lugar.

–¿Huelo a *carne*?

Abre los ojos.

–Tú hueles a *tí*. A fogatas y a especias. A animal salvaje. Eso lo aceptaré.

–¿Qué tal si...? –comienzo a decir–. ¿Qué tal si... si yo te diera mi olor a cambio del tuyo?

Cierra nuevamente los ojos y conserva su amplia sonrisa. Está esperando que lo bese, y eso hago. Lo beso y lo olfateo al mismo tiempo, entretejiendo su olor y la firme y suave urgencia de sus labios en mi memoria. Un gruñido profundo brota desde el fondo de su garganta, seguido de todas las sílabas que componen mi nombre: Sarah Jacqueline.

Me esfuerzo por conservar también este recuerdo: la forma en la que pronuncia mi nombre completo cuando estamos

solos, con ese deseo hurraño, y el tiempo que se toma para desenvolverlo como si fuera un regalo, desenrollarlo como una pancarta o abrirlo como las páginas de una Biblia.